

---

ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DEL  
REINADO DE FELIPE II

EL DESASTRE DE LOS GELVES  
(1560-1561)  
ANTONIO PÉREZ EN INGLATERRA Y FRANCIA  
(1591-1612)

POR  
D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

De la R. Academia de la Historia

MADRID  
IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO  
*Impresor de Cámara de S. M.*  
Don Evaristo, 8  
1890

---



## ÍNDICE.

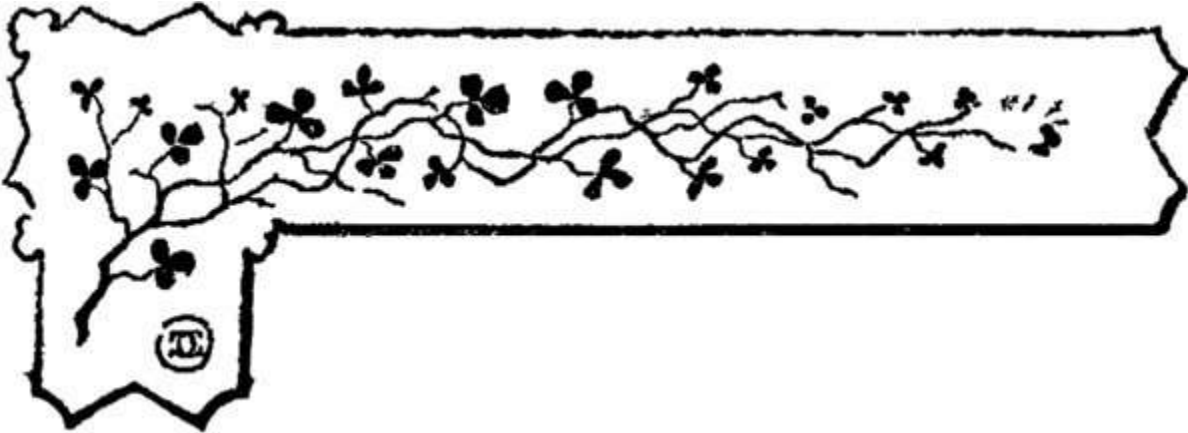
	Páginas.
El desastre de los Gelves	<a href="#"><u>1</u></a>
APÉNDICE I—Relación de la jornada que hicieron a Trípolde Berbería las armadas católicas, años 1560 y 61	<a href="#"><u>67</u></a>
Relación breve y verdadera de la jornada de los Gelves, desde el día que arribó el armada turquesca hasta que el fuerte fué tomado por los turcos, sacada de italiano en español	<a href="#"><u>163</u></a>
APÉNDICE II—Carta de D. Juan de la Cerda, Duque de Medina Celi, fecha en Mesina á 7 de enero de 1564, remitiendo al Dr. Páez, Cronista de S. M., la relación que D. Álvaro de Sande había dado á S. M. acerca de la jornada de Berbería, con anotaciones suyas	<a href="#"><u>199</u></a>
Epigrama dedicado á Juan Andrea Doria	<a href="#"><u>245</u></a>
Antonio Pérez en Inglaterra y Francia	<a href="#"><u>249</u></a>
Documentos	<a href="#"><u>381</u></a>
Los papeles y cartas que truxo Miguel Igun sobre cosas de Francia	<a href="#"><u>383</u></a>
Cartas de Antonio Pérez	<a href="#"><u>387</u></a>



# DESASTRE DE LOS GELVES (1560)

---

{1}



A isla de los Gelves ó Gerves de nuestras crónicas, designada por los naturales con el nombre de Jerbah y por los italianos con el de Gerbí y Zerví, se halla al SO. de la de Malta, en el golfo de Caps ó Khabes por latitud media de 33° 45' Norte, tan próxima á la costa de Trípoli y boca del río Tritón, antiguo Lotofagite, que se comunicaba con la tierra firme por un puente de madera, y aun á marea baja podía vadearse el canalizo de separación.

En extensión superficial mide la isla unos 40 kilómetros de largo por 26 de anchura; abundan en olivos y palmares, cuyos frutos mantenían á la población, repartida en aldehuelas y alquerías, supliendo con pozos la carencia de ríos y fuentes de agua potable.

Rodean á los Gelves por todos lados bajos y canalizos de difícil acceso, que obligan á las embarcaciones de algún calado á fondear á tres<sup>{2}</sup> ó más millas de distancia.

Siempre fué este rincón nido de piratas y peligroso padrastro de Malta, Sicilia y Cerdeña. El Almirante de Aragón Roger de Lauria castigó los latrocinios de aquellos naturales desembarcando en 1284. Pensó el Rey Don Fernando el Católico reprimirlos de nuevo, y lo hiciera de su orden en 1501 el Gran Capitán, á no estorbárselo las complicaciones de la guerra de Italia. En fin, se organizó al efecto la expedición del Conde Pedro Navarro en 1510: quedó en breve sometido Trípoli, saliendo de Málaga segunda armada á las órdenes de Don García de Toledo, sobrino del Rey Católico, padre del gran Duque de Alba, para dar fin á la jornada, ocupando la isla de los Gerbes, yendo no menos de 16.000 infantes, sin contar la gente marinera de las naves; dato que sirve á la medida de la importancia de la empresa.

Verificado sin oposición el desembarco el 30 de agosto del mismo 1510, emprendieron los escuadrones la marcha hacia el interior, llevando D. García la vanguardia. El ardor del sol, el peso de las armas, la falta de agua sobretodo, fatigaron tanto á los soldados, que al llegar á la arboleda y sitio de los pozos no hubo razón ni palabra que los contuviera, precipitándose en el mayor desorden á satisfacer la exigencia de la sed con porfía y aun lucha<sup>[3]</sup> de unos con otros.

Unos cuantos moros á caballo que salieron en la oportunidad, de la emboscada en que estaban tras las palmeras, sembraron el pánico cargando al tropel desmoralizado. En vano quiso alentarlos con la palabra D. García de Toledo, y con el ejemplo los estimuló echando pie á tierra y tomando una pica, con la que avanzó y contuvo al enemigo por de pronto, seguida de muy pocos; su heroica muerte sirvió tan sólo para poner alas al miedo y para que los fugitivos desordenaran á los escuadrones de atrás<sup>[1]</sup>. Aquellos soldados mismos de Bugía y de Trípoli, asombro de Europa pocos días antes, tirando las armas se arrojaban al mar ó se dejaban degollar como carneros<sup>[2]</sup>, sin que la autoridad y locución del Conde Navarro fueran atendidas. Hubo, por otra parte, cristiano que por entre las lanzas de los moros así un vasija de agua y bebía tras pasado<sup>[3]</sup>.

La rota fué espantosa: con D. García de Toledo sucumbieron 60 capitanes ó caballeros principales<sup>[4]</sup>, calculándose, con más ó menos, en 4.000 hombres los muertos y cautivos; y como de ordinario la desmoralización tenga consecuencias, perdiéronse luego cuatro naos con<sup>[4]</sup> toda la gente embarcada, y otra vez en la isla inmediata de los Querquenes, la gente, sorprendida y acobardada, se dejó acuchillar por número muy inferior de moros mal prevenidos.

Diez años después llevó á los Gelves Don Hugo de Moncada, Virrey de Sicilia, otra armada de cien velas conductora de 13.500 infantes y 1.000 caballos; los puso en tierra por el mes de abril (1520), y no llanamente se abrió paso; que si el escuadrón que personalmente guiaba arrolló á los moros, otro de los suyos se vió en aprieto. Con todo, pidió paz de la isla, reconociéndose sometido y librando al Virrey de ansiedades<sup>[5]</sup>.

Díjose entonces en España por proverbio «Los Gelves, madre, malos son de ganar<sup>[6]</sup>,» aunque no pudiera presentirse que habían deserte de desastre harto más serio, por uno de los mayores de la historia militar española,<sup>[5]</sup> así en pérdidas de personal y material, como en la más sensible de la reputación y de la confianza ganada con tantas victorias anteriores.

Del suceso quedan relaciones suficientemente circunstanciadas para juzgarlo con apartamiento de la pasión de los contemporáneos. Antón Francesco Cirni Corso escribió una muy de atender, por la circunstancia de hallarse en contacto con el Capitán general y conocer las providencias del Consejo de guerra<sup>[7]</sup>. Más concisa, pero mereciendo también la fe de testimonio presencial, es de citar la de M. T. de Carrières, Capitán de una compañía de franceses, relacionado con el gran Maestre de San Juan<sup>[8]</sup>; de las varias que circulaban formó la suya Alonso de Ulloa<sup>[9]</sup>, trasladándola después<sup>[6]</sup> al italiano con agregación de otras campañas<sup>[10]</sup>, y acaso también sirvieran al genovés Foglietta<sup>[11]</sup>, teniéndose en cuenta al redactar historias generales del reinado, tales como las de Antonio de Herrera<sup>[12]</sup> y Luis Cabrera de Córdoba<sup>[13]</sup>, pues que lo esencial de la jornada se encuentra en ellas.

Pero aún quedaron manuscritas, circulando privadamente, algunas que en más ó en menos se apartaban de las que alcanzaron sanción oficial. Al cabo de los años transcurridos han venido á dar á luz los Sres. Marqués de la Fuensanta del Valle y Sancho Rayón, en su *Colección de libros raros ó curiosos*, una desconocida, escrita por Diego del Castillo, en defensa<sup>[7]</sup> de D. Álvaro de Sande<sup>[14]</sup>, y no sola, todavez que Nicolás Antonio vió y cita en la *Bibliotheca Hispana nova*,

tomo I, pág. 273, del mismo autor, otra cuyo paradero se ignora, intitulada *Historia de la liberación de D. Álvaro de Sande y de la toma del Peñón de Vélez de la Gomera y el suceso de la armada enviada por el gran Turco sobre la isla de Malta*.

Diego del Castillo no asistió á la jornada de los Gelves que relata: habla por referencia, pero con buenos informes, que no es aventurado presumir procedieran del mismo D. Álvaro de Sande, á quien ampara contra opiniones contrarias, pues refiere dichos y hechos que no constan en las otras relaciones ni era fácil supiera de otra lengua; y la oportunidad de sus escritos se acredita por los que van apareciendo, en prueba del gran número de los que sin duda produjo el desastre que á tantas familias dejaba lastimadas.

Uno se halla inédito en la Biblioteca del Escorial, por traducción del italiano [15]; otro, {8} que aquí aparecerá por vez primera, se guarda en la Academia de la Historia [16], mereciendo principal consideración, así por obra de quien presenció cuanto refiere, como por la apreciación distinta con que juzga los sucesos: con harta severidad, tal vez; con competencia, seguramente. D. Álvaro de Sande no sale también librado como en las relaciones impresas, en ésta, que deja suspenso y conmovido el ánimo del lector.

Forma un códice en 4.º de 61 fojas, escritas por tres manos distintas, por cuadernillos, por la urgencia con que se tendría que sacar la copia. La hoja primera de guarda dice:

*La jornada de Berbería de 1560 y 1561. Escrita en la Torre del gran Turco según diré por... Corrales, natural de Ocaña. Dióseme en Micynaá 31 de mayo de 1561.*

Por bajo, de letra diferente, se lee:

«Está llena de mentiras.»

Corrales se nombra en dos pasajes de la relación, y, aunque no lo diga, parece ser autor de una carta anónima que inserta, como dirigida á D. Álvaro de Sande, y no tiene {9} mayor categoría que la de soldado particular.

Si no fué su escrito, otro parecido movió á D. Álvaro á dirigirse al Rey en memorial de agravio, narrando por sí los sucesos y suplicando se abriera información de ellos. El Duque de Medina del Campo tampoco estaba satisfecho de las versiones que corrían, ni ésta de D. Álvaro acababa de llenar los deseos de poner á cubierto su honra, en que mordían no pocos: se propuso, por tanto, hacer por sí también narración de los hechos; y mientras con calma ordenaba los apuntes y disponía otros materiales, comentó por de pronto el mencionado memorial de D. Álvaro de Sande, remitiéndolo en tal forma al Dr. Páez, cronista del Rey D. Felipe, á fin de que en sus oficios, donde se guardó original [17], surtiera efectos más fáciles de lograr que con réplicas y discusiones.

Por dicha se ha conservado este importante documento, que también ahora se estampa, ofreciendo, con el sello personal del estilo de los dos jefes principales del ejército en la jornada, datos con que mejor conocerlos y juzgarlos.

Antes de hacerlo, conviene, sin embargo, {10} recordar que, hallándose los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén dispersos y sin domicilio propio después de la toma de la isla de Rodas por Solimán, como el gran Maestre y principales dignatarios se acogieron á la ciudad de Zaragoza de Sicilia, dióles el Emperador Carlos V para habitación y defensa la isla de Malta y la ciudad de Trípoli, con las conquistas del Conde Pedro Navarro y D. Hugo de Moncada.

El año de 1558, por alianza del gran Turco con el Rey de Francia é instancias de éste, entró en el Mediterráneo armada de cien galeras al mando de Piali-Bajá, con propósito de ganar el Condado de Niza. Las costas de Calabria y Nápoles sufrieron mucho de esta escuadra, que se llegó también á las islas Baleares, expugnando á Ciudadela en Menorca. Iba allí el tristemente célebre Dragut, atenido á su antigua ocupación de corsario desde que la conquista de la ciudad de África que gobernaba, por el Virrey de Sicilia, Juan de Vega, le enajenó la gracia del gran Señor, y no poco fueron debidos á su pericia marinera y práctica de las costas los resultados de la expedición de Piali. Influyendo por lo mismo su consejo, antes de la retirada al Bósforo, se dirigió la armada turca á Trípoli, poniendo sitio á la ciudad por mar y tierra con asistencia<sup>{11}</sup> de los secuaces conservados por Dragut entre los berberiscos<sup>[18]</sup>.

Mal prevenido el gran Maestre de San Juan, Gaspar de Valette, no pudo resistir el furioso embate y repetidos asaltos de los genizaros; faltáronle municiones, vituallas y gente, obligándole a la necesidad á capitular con seguro de las vidas. Dragut se hizo recompensar el servicio encareciendo á Solimán la importancia de la conquista como base de las sucesivas de Malta, Sicilia, Cerdeña y Córcega y aun de Italia, que brindaba al Sultán por empresas dignas de su pujanza y á las que contribuiría de buen grado. Octuvo el gobierno de Trípoli, que volvió en sus manos á ser depósito del botín, nido de piratas, origen de expediciones y recelo perpetuo de los habitantes de las costas de Italia. Independientemente se entró Dragut por las tierras del Rey de Caraván, en el interior, despojándole de una buena parte; y como la isla de los Gelves conviniera grandemente á sus empresas, so capa amistosa mató al jeque, ganó á los principales y se hizo señor y tirano.

Al Maestre de San Juan, Valette, antes nombrado, había sucedido F. Parisiote, residiendo<sup>{12}</sup> en Malta con la idea fija de recuperar Trípoli. La coyuntura de la paz entre España y Francia, acordada en abril de 1559, le pareció excelente, pues que consentiría utilizar las grandes fuerzas de mar y tierra de que disponía el Rey Católico antes de deshacerlas. Pidió, pues, con instancia á D. Felipe la asistencia contra los infieles, enviando por embajador á la corte al Comendador Guimarán.

Aseguraban al Monarca que era la empresa cierta ejecutándola con celeridad y secreto, porque entretenido Dragut en cabalgadas y presas hacia el interior de Berbería, no contando Trípoli con más de 500 turcos de guarnición, sin repuesto de mantenimientos; asegurado el concurso del Rey de Caraván y el de la mayoría de los berberiscos, vejados y oprimidos de los turcos, por naturaleza soberbios, injustos y avaros; y siendo difícil que á tiempo tuviera socorro Solimán de tan larga distancia, concurrirían las circunstancias contra el astuto corsario y debían de aprovecharse antes que su creciente poderío llegara á amagar otros puntos.

Gobernaba por entonces en Sicilia por Virrey D. Juan de la Cerda, Duque de Medinaceli, gran Señor en España, que secundó en la corte los propósitos del gran Maestre con sus<sup>{13}</sup> informes favorables, deseando ocasión de honor personal en la jornada, como su antecesor en el virreinato lo alcanzó con la conquista de la ciudad de África.

El Rey acogió con favor el pensamiento, ordenando sin dilaciones así al Príncipe Andrea Doria, general de la mar, como á los Virreyes y Gobernadores de Italia, facilitar al Duque de Medinaceli, nombrado Capitán general de la empresa, los elementos que reclamara, sin esperar otro mandato. Sin embargo, como la armada turca se dejara ver en el Adriático amenazando con ataques como los pasados, ninguna de las autoridades principales quiso desprenderse de fuerzas

de que podía haber necesidad; lo que hicieron por de pronto fué cuidar la reunión en Mesina de las escuadras de galeras, formando armada respetable á que concurrió D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España, y fué bastante la prevención para que Piali regresara á Constantinopla sin intentar nada.

Pasó con las demoras la oportunidad de la jornada, que, según el consejo del Príncipe Doria, era en los meses de septiembre y octubre, por haber de ir la armada á costa peligrosa tan escasa de puertos como abundante en bajíos. El Duque de Medinaceli activó ciertamente los alistamientos de gente, junta<sup>{14}</sup> de navíos, acopio de municiones y raciones, haciendo asientos ó contratos á la vez en Sicilia, Nápoles, Génova, Cerdeña; encontraba, sin embargo, dificultades tan insuperables en las distancias y en las comunicaciones, como en las voluntades, que no se aunaban llanamente.

En Milan, por ejemplo, estaba encargado D. Álvaro de Sande de alistar 2.000 alemanes y 2.000 italianos de los que iba á despedir el Duque de Sessa y de conducirlos á Mesina juntamente con los 2.000 españoles que por orden del Rey facilitaba aquel estado. Por interrupción en los despachos se fueron los más de los alemanes á su tierra, sin que se pudieran juntar más de tres compañías. Á esta sazón llegó nueva de la muerte del Rey de Francia, y el Duque de Sessa retuvo los españoles, receloso de trastornos.

Caminaron al fin los soldados á Génova; mas al llegar se encontraron con que el embajador Figueroa había despedido las naves que estaban fletadas y proveídas, en la creencia de ser ya necesarias. Encontrar otras costó quince días y alojar á los soldados en tierra. Al embarcar pasando muestra, no recibiendo todas las pagas debidas, se amotinaron los españoles, hiriendo al capitán Antonio de Mercado que procuraba acordarlos, y tomaron el<sup>{15}</sup> camino para volverse á Lombardía. D. Álvaro de Sande y el embajador los alcanzaron á diez millas de distancia, que sólo desandaron con promesa de recibir cuatro pagas. Una de las naves en que habían embarcado 1.500 italianos dió al través antes de salir del puerto, ahogándose algunos, perdiendo otros armas y ropas. Hubo que desembarcar la gente y aderezarla naó, causa de nueva dilación.

En Nápoles surgieron entorpecimientos parecidos, mientras el Virrey Duque de Alcaláno estuvo seguro de que podían salir del reino sin inconveniente los soldados.

No dejaron de presentarse algunos en la armada, en razón á no ir en la Real el Príncipe Andrea Doria, general de la mar, agobiado de los años. De orden suya había arbolado el estandarte real su sobrino y lugarteniente Juan Andrea Doria, «mozo brioso y mañoso, inclinado á las cosas de mar, en cuyo manejo se había criado<sup>[19]</sup>,» pero muy distante en autoridad de la del Príncipe. D. Juan de Mendoza, general de las galeras de España, alegó orden de S. M. para regresar á sus costas, por no estar subordinado á Juan Andrea; otros generales lo estuvieron á más no poder.

Á principios de octubre se pasó muestra en<sup>{16}</sup> Mesina á 12.000 hombres bien armados, puestos bajo el guión del Duque de Medinaceli. Por lugarteniente iba D. Álvaro de Sande; maestro de campo general D. Luis Osorio; general de la artillería Bernardo de Aldana; administrador del hospital el obispo de Mallorca. Embarcábanse sin cesar artillería, municiones, vituallas y máquinas, pero iban muy retrasados los aprestos.

Se había desatendido por una ú otra razón la primera de las condiciones que requería el éxito de la empresa: la celeridad. La segunda, la reserva, se perdió por la tardanza misma, y por haber caído en manos de los turcos una de las fragatas despachadas por el gran Maestre de Malta para



espiar la costa berberisca. Dragut, harto embarazado con la hostilidad insistente de los berberiscos, tan luego supo el nublado que de la otra parte se preparaba, despachó persona de su confianza con cartas y regalos capaces de dar á entender la urgencia de socorro si había de guardarse Trípoli; y tan bien la explicó el enviado, que mientras con parsimonia seguían en Sicilia los embarcos, llegaba desde Constantinopla un refuerzo de 2.000 turcos á la guarnición de la ciudad amenazada, cuyas fortificaciones se aumentaron lo mismo que las provisiones de boca y guerra.<sup>{17}</sup>

El Duque de Medinaceli trasladó las fuerzas expedicionarias desde Mesina á Zaragoza de Sicilia, como puerto más adecuado á las últimas diligencias. Empleó no obstante en ellas cerca de dos meses, teniendo las tropas embarcadas en prevención de las deserciones, riñas y motines con que se manifestaba la mala disposición de aquel ejército, en gran parte colecticio, á costa del consumo de las raciones acopiadas, cuya mala calidad afectó la salud del soldado, enfermando y muriendo por centenares en los hospitales.

En todo tiempo ha sido el logro norte de los contratistas; en ningún acaso se echa de ver tanto como en la época de continuas guerras marítimas de que se va tratando, en que sin previsión, sin fiscalización, antes con la premura que no admite examen ni advertencia se demandaban los artículos en enormes proporciones. Bien puede decirse que más vidas ha perdido España por asentistas que por enemigos.

Hábiles y entendidos como nadie en estos negocios los genoveses, habían tomado á cargo el suministro de raciones de la expedición, calculadas en 3.600.000, ó sean las suficientes para 30.000 hombres en cuatro meses, y antes de salir del puerto se advirtió que estaban en putrefacción, siendo indispensable reemplazar una parte al menos, que familiarizara á los estómagos<sup>{18}</sup> soldadescos con la menos adulterada ó mala.

Pasada nueva revista, resultó por enfermedades y deserciones baja de más de 3.000 hombres, componiéndose el ejército de 37 banderas ó compañías de españoles, 4 de alemanes, 35 de italianos, 2 de franceses y 100 caballos, griegos y sicilianos. La armada, entre navés de combate y transporte, alcanzaba la cifra de más de 100 velas, descomponiéndose de esta suerte:

Capitán general, Juan Andrea Doria, en la Real.—16 galeras más de su escuadra.

General de la escuadra de Nápoles, D. Sancho de Leyva.—7 galeras, 2 de ellas de Stefano di Mare ó Mari.

General de la escuadra de Sicilia, D. Berenguer de Requesens.—10 galeras, 2 de ellas del Marqués de Terranova, 2 de Mónaco, 2 de Visconte Cicala.

General de la escuadra pontificia, Flaminio de Languillara<sup>{20}</sup>.—4 galeras.

General de la escuadra del Duque de Florencia, Nicolo Gentile.—4 galeras.

General de la escuadra de Malta, el Comendador Carlo de Tixerens.—4 galeras, una galeota, un galeón.<sup>{19}</sup>

Galeras sueltas de particulares.—5 galeras de Antonio Doria, mandadas por su hijo Scipión Doria, 2 galeras de Bendinello Sauli, 2 galeotas de D. Luis Osorio, una galeota de Federico Stait.



General de las naos, Andrea Gonzaga.—Ungaleón de Fernando Cicala, 28 naves gruesas, 12 escorchapines, 7 bergantines, 16 fragatas[21].

Salieron del puerto de Zaragoza todas las naves en los días 17 al 20 de noviembre de 1559 con desdichada estrella; un cambio brusco del tiempo las obligó á arribar desde Cabo Passaro con dolencia de las tropas y graves síntomas de descontento. La compañía de Don Lope de Figueroa, formada con bandidos de Sicilia[22], que iba en el galeón de Cicala, se sublevó; dió muerte al sargento, saqueó la carga, y poniendo fuego al resto escapó á tierra, sin que pudieran aprehender más de 25 ó 30 individuos los que acudieran á remediar el desorden. Otro tanto quiso hacer la compañía de Vicente Castañola, asimismo de sicilianos; y aunque el general, por justicia y escarmiento, mandó ahorcar á tres de los culpables, perdieron otros las orejas y fueron sentenciados á galeras los demás, la impresión pesimista á que contribuía el naufragio de una de las galeras de Juan Andrea Doria se dejó sentir en los ánimos, desconfiados de la estrella y aunde la autoridad del caudillo que los regía.

Los menos asustadizos, aquellos capitanes y soldados viejos que servían de núcleo al ejército, pensaban que la empresa no era ya de provecho, habiendo pasado tanto tiempo y entrado el invierno, y dábales razón la mortandad de la gente que continuaba adoleciendo, y echándola en tierra los patrones, pereciendo de hambre y mal pasar en las playas sin que se hallase fácilmente quien les diese sepultura[23]. Apenas quedaban ya en la armada 8.000 hombres, y no sanos; mas no por ello quiso el Duque apartarse de su propósito y suspender el viaje.

Parcial ó totalmente se volvió á intentar en los días de diciembre, sin que las naves lograran montar el Cabo Passaro por la constancia de los vientos contrarios, ni aun á remolque de las galeras. Todo el mes fué preciso para que en dispersión llegaran á Marza Mussetto, en Malta, punto de reunión que se les había señalado, y que las últimas alcanzaron el 10 de enero de 1560.[21]

Desembarcó la gente á refrescarse, y se organizó el hospital por pasar de 3.000 los enfermos; y así, mientras el gran Maestre y Caballeros de San Juan celebraban con salvas de artillería y arcos triunfales la llegada de los expedicionarios, nada menos que alegría se dibujaba en el semblante de éstos.

Mandó el Duque Coroneles para reclutar en Italia 2.000 hombres más; pidió al Virrey de Nápoles, Duque de Alcalá, auxilio, á que acudió enviándole tres naves con siete compañías de españoles, que sumaban 1.000 hombres; despachó al Proveedor general de la armada, D. Pedro Velázquez, en comisión de procurar víveres en Cerdeña y otros lugares; en una palabra, procuró rehacer aquel armamento tan castigado.

Hasta el 10 de febrero no se concluyeron los aprestos, cuya duración, llevados al principio, era en esta fecha de seis meses. Unido á la armada el contingente preparado por la religión de San Juan, que consistía en las cuatro galeras y una galeota dichas, un galeón bien artillado, con nueve piezas gruesas, sin las menores, 40 caballeros y 700 arcabuceros escogidos, dió la vela, con viento próspero de Levante, hacia Seco del Palo, fondeadero situado entre Trípoli y la isla de los Gelves, que había de servir de punto de reunión. En este momento empezaba en realidad la jornada.

Las galeras hicieron su derrota por las escalas de las islas Gozzo, Lampadosa y Querquenes, bajando de ésta á tomar el canal de Alcántara y costear la isla de los Gelbes, entre ella

y la tierra firme hacia Oriente, con objeto de entrar en la Roqueta de los Gelves, donde se hace aguada.

Acercándose las escuadras hacia la torre que construyeron los catalanes en 1284, donde se les residir el jeque con alguna población, descubrieron dos naos: la una surta en el canal que llaman de la Cántara; la otra entre la Cántara y la Roqueta, y una milla más adentro, cerca del puente que comunica á la isla con la tierra firme, dos galeotas. El Duque ordenó que aquellas embarcaciones se apresaran ó destruyeran, y las galeras fueron en tropel, á boga arrancada, por llegar primero al saco, sin tener en cuenta la dificultad de los canalizos. D. Sancho de Leyva, que tenía á bordo un excelente práctico moro, abordó la primera de las naos; á la otra llegaron Scipión Doria y Gil de Andrada con sus respectivas galeras, hallando que dichas naos, que eran de Alejandría, cargadas de mercancías, estaban abandonadas. De las dos galeotas enemigas nadie se ocupó por la codicia del saco en que todos querían poner mano, y fué falta militar de graves consecuencias. Dragut no poseía más que aquellas dos embarcaciones, con las que luego pudo dar aviso á Constantinopla y recibir socorro, como más adelante se supo; y por mayor mortificación de descuidados, vino á ser conocida la certeza de tener á bordo un tesoro por desconfianza de los moros de tierra.

¡Cuántas veces por causas pequeñísimas se han malogrado los mejores cálculos! ¡Cuánta se ha conducido al desastre la excesiva confianza!

En ese mismo canal de la Cántara, mejor dicho de Alcántara, callejón sin salida, sorprendió el viejo Andrea Doria á la escuadrilla de Dragut después de la toma de África. Seguro de apresarla en totalidad, ya porque quisiera hacerlo con menos efusión de sangre, ya porque pensara estrecharle poco á poco, se contentó con asegurar la boca del canal, dejando descansar á sus tripulaciones; y en tanto, el inteligente corsario con las suyas y el refuerzo de 2.000 trabajadores, generosamente pagados, abrió canal por donde no lo había. Durante la noche arrastró por él una á una sus embarcaciones, y al amanecer, con asombro del Capitán general de la mar, el puerto estaba vacío: sólo quedaba en él una señal infame con que Dragut mofaba á su enemigo, y una vez más daba á entender el valor que tiene el tiempo en acciones de guerra.

Habiendo comprendido el Duque de Medina Celila la conveniencia de destruir ó tomar las dos galeotas que ahora estaban cerca del puente, en el fondo del caño, mal podían dejar desentirlos los generales de mar, sabedores de lo que fuera capaz de hacer con ellas Dragut; y no obstante, ni Juan Andrea Doria, bien que se hallara enfermo por entonces, ni Gasparín Doria, su Capitán de bandera, ni D. Sancho de Leyva, atendieron las reiteradas instancias del Capitán general de la empresa, desdeñando la operación de acometer con tan gran armada á dos embarcaciones, con menosprecio de la autoridad del jefe, y con carga de la responsabilidad que sobre ellos vino á caer por entero.

Fueron todas las galeras á dar fondo en la Roqueta, con prevención de Juan Andrea Doria de prepararse al aguada al amanecer el día 15 de febrero, y de desembarcar la tropa que había de proteger la operación. D. Álvaro de Sande la dirigió en persona, formando cuatro escuadrones de picas con mangas de arcabuceros; y aunque trataron de defender el desembarco unos 400 turcos escopeteros á caballo, apoyados por 300 moros á pie, y de cargar á los que llenaban los barriles, no lo consiguieron.<sup>{25}</sup>

Tampoco á los nuestros fué posible tomar hombre vivo á los enemigos por la ventaja de la caballería con que se reparaban, aunque quedaron con tal propósito algunas cargas á la carrera los

## Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

